

La señorita Urrutia*

Miryan Carvajalino Pagano
Egresada Taller de Escritores
Universidad Central (TEUC)

La señorita Urrutia anoche no durmió. Con los ojos fijos en el cielo raso no solo escuchaba el acorde agónico de la gotera del lavamanos sino, también, el tic-tac del reloj, que le recordaba, implacable, el paso de sus horas.

Sin embargo, la noche anterior no fue distinta a las tantas que había dejado atrás. Desde los veinte años comenzó a soñar despierta entre sábanas heladas. Ahí, tendida sobre su lecho, entregaba a la noche sus fantasías para no morir de hastío. Siempre sin sueño, hacía de su mente un lienzo azul—mar abierto—, donde dibujaba barcas y atravesaba ese oleaje de vacíos que era su presente. Después de navegar desviaba la ruta de sus sueños y construía, dentro de sus ojos, escenarios fantasmales: en medio de reflectores, tarimas y aplausos, cada anochecer se convertía en actriz, en una estrella deslumbrante. Era la única manera de verse bella, sin arrugas, garbosa, con la pierna izquierda de piel, hueso y sangre, y sin el lujoso bastón de cedro aferrado a su mano temblorosa. Cautiva en sus alucinaciones imaginaba sensaciones, diálogos, amores, pasiones, donde ella era la protagonista, antagonista, extra y hasta el telón de terciopelo verde. Y en pueriles soliloquios se le iba la noche sin lograr liberar el silencio lapidado entre los muros de su alcoba.

Deshabitada de realidades y colmada de carencias ni siquiera albergaba el recuerdo de un tibio abrazo que, unido a la diáfana perturbación de un beso, despertaba la eterna quietud de su alma. Pues los días de la señorita Urrutia, ahogados en monásticas horas, no fueron diferentes a sus noches. Sentada durante dos décadas frente al mismo escritorio atiborrado de códigos y manifiestos, archivaba a diario, como a cualquier mamotreto

* Mención en el Concurso de Cuento IDCT, 2003.

viejo, sus ilusiones entre los anaqueles adosados a las paredes resquebrajadas de su oficina.

Desde las dos pequeñas ventanas de aquel recinto, abarcaba lo que durante veinte años había sido su mundo estrecho y limitado. Al atardecer, dejaba a un lado los innumerables folios y contemplaba las torres de las iglesias arrinconadas entre los altos edificios, que le ocultaban el verde de los cerros. Y a lo largo del asfalto húmedo divisaba el deambular cansado de un sinfín de seres taciturnos, quienes le reflejaban en su abandono su propia orfandad.

Hace tres días cumplió un año más y la espera seguía ahí, derramando su lava dentro y fuera de ella. Cuánto había deseado escuchar junto a su almohada un susurro que ahuyentara el eco triste de sus delirios. Dormir más de tres horas y que a su sueño sosegado lo cobijara otra tibieza que no fuera el calor asfixiante de sus mantas. Y en ese eterno simulacro de su vida, una realidad, aunque absurda y febril, convirtió su día de ayer en un sábado memorable. El día preciso cuando en su espíritu empezaba a claudicar la esperanza y en su rostro se gestaba el cansancio de prolongar, así fuera unas horas más, los restos de su juventud.

Al mediodía salió de su apartamento con destino al mercado. Vio al hombre de gabardina verde hablando con el administrador del edificio. La señorita sintió una contracción en la columna, los pómulos succionaron la flácida piel y, en cuestión de segundos, sólo quedó una línea indefinible como vestigio de sus labios. Durante tres años lo había visto en el pasillo de la Recepción. Las veces que ocasionalmente se encontraba —cuando ella entraba o salía del edificio—, él inclinaba la cabeza en señal de saludo y sonreía amable. Sin embargo, ella, tras de ese cristal ahumado desde donde recreaba sus ficciones, percibía en aquel rostro extraños reflejos de seducción y galanteo producto, de sus desvelos. Pero ayer, y por primera vez, el hombre de gabardina verde vino a su encuentro y muy amablemente le dijo:

- Señorita, si usted me lo permite, esta noche pasaré por su apartamento. El hombre sonrió y la señorita volvió a temblar.
- Usted me dirá a qué hora, no quiero parecer inoportuno —susurró el hombre.
- A las siete —respondió la señorita. Mientras en su pecho un suspiro inacabable le anulaba los sentidos.

.....

Pues los días de la señorita Urrutia, ahogados en monásticas horas, no fueron diferentes a sus noches. Sentada durante dos décadas frente al mismo escritorio atiborrado de códigos y manifiestos, archivaba a diario, como a cualquier mamotreto viejo, sus ilusiones entre los anaqueles adosados a las paredes resquebrajadas de su oficina.

.....

Al cabo de tres horas, la comida reposaba a fuego lento, dos botellas de vino dormían sobre témpanos de hielo, y el perfume de un ramo de nardos amordazaba la tristeza que aullaba en el ambiente. A las cuatro de la tarde corrió las cortinas, se arrodilló, envolvió su espíritu en el místico humo del incienso y, ante las flamas de veinte velas rojas, le rindió culto a la divina Venus: bebió una infusión caliente de manzanilla y limonaria. Luego, taponó las hendiduras de su rostro con miel y avena; colocó sobre sus párpados rodajas de tomate, rebanadas de remolacha en las mejillas y hojas de té sobre la sombra gris de sus ojeras. Al cabo de media hora cambió el emplasto vegetal por el de los cosméticos, que le dieron el semblante de una muñeca restaurada y colorida. Acto seguido, se quitó la ropa negra y el delantal que la cubría. Al verse desnuda le dio pena la flacidez de su vientre y lo amortajó entre el cilicio asfixiante de una faja negra. Pero, a pesar de la falacia de su momentánea esbeltez, la señorita, no se sentía bella. No obstante, alucinada por la felicidad que la invadía, no sólo vio el esplendor de sus veinte años reflejado en el espejo, sino, también, vislumbró —sobre la luna empañada—, la imagen del hombre quien la visitaría esa noche. Entonces, al visualizarse amada, escondió su aridez bajo la tibia seda de un vestido rojo.

A las seis, ya todo estaba listo. Sólo faltaba el invitado. Se dirigió hasta el baño y silenció con una toalla la gotera. Entró a la sala y le dio el último toque a los floreros. Los discos de Sinatra y Aznavour esperaban el instante del encuentro. Lo mismo que la cena, las copas vacías y la complicidad de una vela, que parecía naufragar feliz en la penumbra. A las siete, dos golpes en la puerta desvanecieron el silencio. Camino al portón, secó la humedad de su frente con el encaje de su pañuelito blanco, aspiró por quinta vez el perfume de los nardos y resbaló sus dedos sobre el vidrio helado de los vinos.

Feliz y aferrada al bastón, abrió la puerta.

- Es usted muy cumplido, señor...
- Llámeme Juan, señorita.

La señorita Urrutia se sonrojó.

- Siga y siéntese, está en su casa.
- Gracias, pero tengo un poco de afán, ha sido un día muy pesado.
- Un vino lo relajará.
- No, no se moleste, señorita.
- Está helado y es francés...

El hombre de gabardina verde tosió tres veces, se pasó la mano por la frente, sacó el pañuelo de su camisa y, al tiempo que lo pasaba bruscamente por su cara, le dijo en tono cortante, pero cortés:

- El administrador me comentó que hay un daño en la tubería de este apartamento y vengo a repararlo, doña.

La señorita se desgajó. Y mientras escuchaba el crujir de sus nostalgias despertar el silencio, inventaba una sonrisa para remendarse por dentro. 